

## Un café, una charla y el amor por una profesión...

Abelardo Carro Nava

Maestro en Educación. Docente frente a grupo de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco”, Tlaxcala, Tlaxcala. lalitonan8@gmail.com

Con la idea de pasar un rato de lo más agradable disfrutando de un té helado para calmar el calor corporal propiciado por las altas temperaturas que en los últimos días se han sentido –al menos en mi bello estado de Tlaxcala así ha sido–, me dirigí sin rumbo y destino para lograr tal cometido, y así fue. Entré a uno de esos cafecitos que se encuentran en los alrededores de la capital de estado. El ambiente era muy agradable. Música de fondo. Personas insertas en conversaciones tan amenas. Risas por aquí y pláticas por allá. De repente, tuve la fortuna de encontrarme a una colega que hace mucho tiempo no veía. Desde luego, me desprendí de mi asiento y sin más ni más le lancé un grito lleno de alegría y entusiasmo.

Quiero pensar que a ella también le dio gusto verme –al menos eso fue lo que percibí en su rostro– e inmediatamente me dispuse a ofrecerle un asiento. Propuesta que debo decirlo me ruborizó un poco –y creo que a ella también– pero la petición estaba hecha y para sorpresa mía aceptó gustosamente. Ahora que lo pienso, no sé si fui imprudente, tal vez tenía una cita programada, tal vez alguien la esperaba, tal vez ni siquiera quería conversar conmigo, pero bueno, el paso estaba dado y ahora que escribo estas líneas puedo decir que no me arrepiento.

La charla no pudo ser mejor. Anécdotas personales. Sentimientos individuales. Experiencias profesionales. Todo un mundo de sucesos. De esos que sólo pueden entender aquellos cuya amistad perdura a pesar del tiempo.

De todas las cosas que conversamos, recuerdo muy bien el entusiasmo reflejado en su rostro por el maravilloso trabajo que, a decir

---

de ella, había escogido desde hace muchos años: ser educadora de tiempo completo. Y vaya que su trabajo y las actividades que a diario realizaba, no eran para menos.

Recibir a pequeños de cuatro a seis años de edad en un jardín de niños lo ameritaba –pensé por un momento–. ¿Cuántos de nosotros nos hemos puesto a pensar en las actividades diarias que realiza una educadora? Con seguridad muy pocos, y digo muy pocos porque, si no me equivoco, la labor docente en los últimos años se ha visto de-meritada. Las causas podrían ser muchas y muy variadas pero bueno, de eso no me ocuparé por el momento.

Diseñar estrategias didácticas acordes a la edad de los infantes, explicar el mundo y la comprensión de los fenómenos naturales, enseñar las grafías sin que llegue a ser texto, identificar los números y su significado aritmético, o simplemente propiciar el respeto a las normas que rigen o deben regirnos, no debe ser ni será una tarea sencilla. De inmediato pensé que tendría que entrar el conocimiento más preciso sobre estos asuntos: el científico, y no me equivocaba.

Indiscutiblemente, el grado de preparación para ejercer esta noble profesión debe ser inmenso. ¿Y todavía alguien se pregunta si será una labor simple y sin fundamento? Con seguridad muchos podrán afirmar tal cuestionamiento, y otros... mejor no lo pienso. ¿Nos habrá pasado por la cabeza que nuestros hijos por su propia naturaleza e inocencia llegan a una escuela con una serie de vivencias y esquemas que la familia le ofrece en casa?, ¿y que estas mismas experiencias las expresan sin menoscabo alguno en las aulas de los jardines de niños? Podríamos reflexionar ambas preguntas por un buen espacio de tiempo y, sin temor a equivocarme, puedo asegurar que la respuesta sería la misma: la familia y las experiencias adquiridas en ella, son y serán esos referentes inmediatos de nuestros hijos. En fin.

En esas ideas estábamos cuando precisamente ingresaron al café varios pequeños, obviamente acompañados de sus padres. Fui testigo de varias explicaciones que ella me dio sobre su comportamiento. Teorías y prácticas por aquí y unas más por acullá. ¡En serio ama su trabajo! –me dije una y otra vez mientras observaba su rostro con cierto

aire de envidia y entusiasmo, de ese que se contagia e invita a seguir escuchando—. ¿Has visto cómo habla ese niño, cómo toma la cuchara, cómo expresa el amor a su madre, cómo hace esto, cómo hace lo otro y por qué hace aquello?, –fueron algunas de las interrogantes que me planteaba y explicaba, y que yo, embelesado, escuchaba y disfrutaba—.

Qué cosas tiene la vida, con el correr de los años he tenido la fortuna de contar con grandes amigos que hoy día gozan de un trabajo, muy respetable, por cierto, pero ninguno como el que ahora comento. ¿Será que el cariño y admiración por esta entrañable amiga me pudieron cegar un poco? Lo acepto. Pero en mi defensa puedo decir que esta profesional de la educación, al igual que muchas otras que se encuentran en el camino, merecen todo mi reconocimiento. Educar y formar niños no es sencillo y su complejidad puede vislumbrarse en un salón de clases. ¿Cuántas problemáticas vivimos los adultos a diario y que repercuten en nuestros niños? Muchas, indudablemente. Y esa labor, ese andamiaje de conocimientos, esa conducción y orientación de valores morales y éticos, los abordan ellas, las educadoras desde ese momento.

¿Tendríamos mucho que agradecerles y reconocerles? Desde luego, así como también, la labor que muchos de nosotros, en nuestros diferentes ámbitos de competencia realizamos diariamente.

Un México mejor puede lograrse si cada uno de nosotros aporta su granito de arena, y ellas, las maestras en educación preescolar, sin duda saben hacerlo.

La política y los falsos discursos quedarán en el olvido, y tal vez lleguen a ser letra muerta, como la reforma a este nivel educativo que se propuso desde hace tiempo.

El trabajo es de ellas y punto, de nuestras queridas educadoras que no encuentran satisfacción más grande que el cariño sincero de sus pequeños.